

# 1

La emperatriz Tiy abandonó sus aposentos escoltada por su heraldo principal y por cuatro seguidores de Su Majestad. Bajo las antorchas que se alineaban en el pasillo que corría entre su habitación y las puertas del jardín, formaban los guardias del palacio con las cimitarras enfundadas en las vainas de cuero, luciendo unos faldellines blancos y unos cascos blancos y azules que destacaban sobre la tez oscura de sus rostros. A su paso, levantaban las espadas e inclinaban las cabezas. El jardín permanecía sumido en una oscuridad que no lograban penetrar las estrellas del desierto que brillaban en el firmamento. El pequeño grupo cruzó el jardín con paso ágil, se detuvo, dejó atrás el muro que rodeaba los pabellones del faraón y siguió caminando junto a la pared trasera del palacio.

Al llegar a las imponentes puertas que cruzaba el faraón para pasear por su jardín o ante las que se detenía para observar las colinas occidentales, Tiy ordenó a sus escoltas que aguardaran mientras ella y su heraldo se internaban por el pasillo del palacio. Mientras caminaba, la mirada de la emperatriz, que siempre se detenía en las profundas imágenes pintadas en las paredes, se alzó hasta el friso del techo. Allí se repetía continuamente el nombre real del faraón, inscrito en láminas doradas a la hoja sobre fragantes pedazos de cedro de Maki.

«Nebmaatra: el dios de la Verdad es Ra».

En todo el espacio que ocupaba el palacio no había un solo lugar donde uno pudiera escapar a esas palabras. Tiy se detuvo y Surero, el secretario del faraón, abandonó su asiento frente a la puerta y se arrodilló ante ella.

—Surero, por favor, anuncia a Su Majestad que la diosa de las Dos Tierras aguarda —dijo el heraldo.

Surero desapareció y a los pocos instantes volvió a salir para conducir a Tiy, entre reverencias, a la habitación del faraón. El heraldo se sentó en el suelo del pasillo y las puertas se cerraron detrás de la emperatriz.

El faraón Amenofis III, señor de todo el mundo, sentado en una silla junto a su lecho en forma de león, estaba cubierto solo por un

trozo de tela de hilo blanco que le rodeaba la cintura y una peluca azul coronada por una cobra de oro. La suave luz amarillenta que desparramaban docenas de lámparas de pie colocadas sobre unas mesitas resplandecía como el aceite en sus anchos hombros, en los flácidos pliegues de su vientre y en sus robustos y pálidos muslos. Tenía el rostro sin pintar. El mentón, en un tiempo cuadrado y lleno de fuerza, se perdía en medio de una temblorosa papada; las mejillas estaban hundidas y contraídas, evidenciando la pérdida de dientes y la infección de encías que lo atribulaban. Con el paso de los años la nariz se había achatado, equilibrando la decadencia de la parte inferior del rostro, y solo la frente alta y lisa y los oscuros ojos, todavía dominantes a pesar de la ausencia de kohl, atestiguaban que había sido un joven excepcionalmente apuesto. Uno de sus pies descansaba sobre un taburete, mientras un esclavo, con la caja de cosméticos abierta a su lado y cepillo en mano, se arrodillaba para pintar con alheña roja la real planta.

Tiy miró a su alrededor. La habitación olía a sudor, incienso sirio y flores marchitas. A pesar de que un esclavo se movía en silencio de una vela a la otra cortando las puntas de los pabilos, las llamas despedían un miasma grisáceo que hacía que le ardiera la garganta y llenaban la habitación de polvo hasta tal punto que Tiy apenas alcanzaba a distinguir la figura gigantesca de Bes, diosa del Amor, de la Música y de la Danza, que giraba silenciosa y torpemente a lo largo de las paredes. Aquí y allá, alguna llama iluminaba fugazmente una extendida lengua roja o el plateado ombligo del vientre hinchado de la deidad enana, o corría con rapidez por las orejas leoninas; pero esa noche, Bes era una presencia que no alcanzaba a ser vista. La mirada de Tiy volvió a clavarse en el lecho, arrugado, lleno de hojas de mandrágora y de lotos semisecos, y en ese momento notó que bajo las sábanas dormía una pequeña figura de pelo negro que respiraba plácidamente.

—Bueno, Tiy, esta noche te has esmerado mucho en tu aspecto —aseguró Amenofis, cuya voz resonó contra el cielo raso invisible—. ¿Has venido a seducirme de nuevo? Recuerdo muy bien que la primera vez que entraste en este cuarto lucías una túnica azul adornada con nomeolvides.

Tiy sonrió y se arrodilló ante él para besarle los pies.

—Los cortesanos morirían de horror si luciera hoy un atuendo tan pasado de moda —dijo en son de broma, poniéndose de pie ante él, perfectamente compuesta—. ¿Cómo anda hoy la salud del faraón?

—Como bien sabes, la salud del faraón ha conocido épocas mejores. Me duelen la boca, la cabeza y la espalda. Los magos han estado zumbando todo el día detrás de esa puerta, y los he soportado porque debo a Egipto todas las oportunidades posibles de curarme, pero esos imbeciles solo cantan para oír el sonido de sus propias voces. Por fin se han retirado para beber su bien ganada cerveza y repasar los encantamientos que conocen. ¿Crees que estaré habitado por un demonio, Tiy?

—Has tenido un demonio dentro toda tu vida, marido mío —replicó ella—. Eso es algo que sabes de sobra. ¿Lo que hay en esa jarra es vino?

—No, es una infusión de mandrágora, negra y de un sabor espantoso. Me la he recetado yo mismo. He descubierto que no solo tiene efectos afrodisíacos, algo que cualquier niño sabe desde los doce años, sino que, para mi sorpresa, también calma el dolor. —La miró disimuladamente y ambos lanzaron una carcajada.

—La princesa Tadukhipa trae consigo a Ishtar desde Mitanni para curarte —comentó Tiy en tono intrascendente—. La diosa ya te ha curado antes, ¿recuerdas? Tushratta se alegró muchísimo.

—¡Por supuesto que se alegró ese avaricioso rey mitanni! Le devolví a su preciosa Ishtar forrada en oro y, además, le envié una montaña de lingotes. Y ahora de nuevo lo enriqueceré, esta vez en pago por su hija. Espero que la muchacha valga tanto gasto. —Retiró el pie en el que trabajaba el criado—. La alheña ya está seca y la otra planta, pintada. ¡Vete! ¡Tú también! —gritó al esclavo que recortaba los pabilos. Cuando ambos retrocedieron y las puertas se cerraron silenciosamente tras ellos, Amenofis se tranquilizó—. Bueno, Tiy mía, ¿qué es lo que te preocupa? No has venido para hacerle el amor a un dios gordo y viejo con los dientes podridos...

Tiy sofocó con rapidez la ansiedad que aquella manera de hablar del faraón le producía siempre. Aquel hombre era astuto y frío, y le divertían las flaquezas humanas, incluidas las propias; él, mejor que nadie, conocía la ironía de lo que acababa de decir. Porque en Soleb, Nubia, sus sacerdotes lo adoraban con incienso y le cantaban noche y día, y millares de velas ardían ante una estatua colosal de Amenofis, el Dios Viviente, cuyo cuerpo no envejecía ni enfermaba.

—Quiero hablar contigo en privado, Horus —dijo Tiy, indicando al muchacho—. Por favor, haz que se retire.

Amenofis alzó las cejas. Se levantó de la silla con sorprendente agilidad y se acercó al lecho. Retiró la sábana y acarició con suavidad el flanco desnudo de la criatura.

—Despierta y vete —ordenó—. Ha venido la reina.

El muchacho lanzó un gemido, se volvió de espaldas y abrió un par de ojos oscuros pintados con kohl. Al ver a Tiy se liberó de la mano del faraón, se deslizó al suelo, dobló la rodilla y se alejó después sin pronunciar una palabra.

—Es mayor de lo que parece —aseguró Amenofis con naturalidad—. Ya tiene trece años.

Tiy se sentó en el borde del lecho y lo observó con frialdad.

—Sin embargo, te consta que te está prohibido. Entre las leyes antiguas, esta es la más estricta, y el hombre que derrama una maldición así sobre su casa merece la muerte; él y también su amante.

Amenofis se encogió de hombros.

—Hoy en día, la ley soy yo. Además, Tiy, ¿por qué te preocupa esta infracción? Entre nosotros, tú y yo hemos quebrantado todas las leyes del imperio.

«Incluyendo la que prohíbe el asesinato», pensó Tiy.

—Lo que me preocupa son los chismes supersticiosos —dijo en voz alta—. Tus apetitos son legendarios, y a lo largo de los años los rumores solo han servido para enaltecerte ante los ojos de tus súbditos y de tus vasallos extranjeros. Pero esto... Esto provocará rumores desagradables, refregar de amuletos y hostilidades hacia ti donde solo había adoración y temor.

—Nada de eso me importa. ¿Por qué va a importarme? Soy el dios más poderoso que el mundo ha conocido. Yo hablo y los hombres viven o mueren. Hago lo que se me antoja. Y tú, gran señora de las dobles plumas, mujer de ilimitado poder, tú, esfinge con pechos y garras, ¿por qué frunces el ceño ante esta pequeña indiscreción?

—No frunzo el ceño ni sonrío. Simplemente te explico el sentir de tu pueblo. Los cortesanos no se preocuparán, pero el pueblo, sí.

—Que se vayan a Sebek, entonces —contestó él. Se sentó en el lecho y enseguida se reclinó, respirando pesadamente—. Te he hecho a imagen del hombre que pude haber sido. Del hombre en quien no quise convertirme. Tú gobiernas mientras yo me contento con perseguir..., bueno, lo que todavía despierta mi apetito y no he probado. La inmortalidad en una jarra de vino, quizá. La fertilidad latente en el cuerpo de una mujer. La esencia de mi propia virilidad en ese muchacho. Sea lo que sea, es algo que los dioses no poseen y Egipto tampoco.

—Ya lo sé —dijo ella con suavidad y, durante un instante, él le sonrió.

Se observaron con esa mirada cómoda e íntima, producto de años de perfecta comprensión; Tiy, haciendo a un lado todo, salvo a aquel hombre imprevisible que se ocultaba detrás de la ruina de su cuerpo, un hombre a quien siempre amaría. Por fin lanzó un suspiro y le alcanzó la copa de zumo de mandrágora, y durante los pocos instantes que empleó en aquel pequeño gesto, sopesó con cuidado las palabras que iba a pronunciar.

—Hace mucho que ha muerto el hijo de Hapu —dijo por fin.

Él bebió, sonrió y después lanzó una carcajada.

—Ha sido la única muerte que me ha producido un sobresalto. Era ya tan viejo cuando yo accedí al trono que creí que había obligado a los dioses a concederle la inmortalidad. La magia de los dioses lo había preservado durante dos reinados anteriores al mío. Desde el nacimiento de Egipto, ningún vidente ha tenido tantas visiones, tantos sueños.

—Era un campesino nacido en una choza del Delta. No tenía ningún derecho a controlar asuntos de tanto peso como la sucesión.

—¿Por qué no? En su calidad de oráculo de la esfinge y de portavoz de Amón tenía tanto derecho como cualquier otro. Y durante casi ochenta años sus predicciones se cumplieron.

—Todas menos una, Amenofis.

El faraón apretó los labios y se movió inquieto entre las hojas marchitas y las flores podridas.

—Mientras yo siga vivo, continúo estando en peligro; por lo tanto, no. Te lo digo antes de que me lo pidas. No dejaré en libertad a ese muchacho.

—¿Por qué te niegas a llamarlo hijo?

—Mi hijo ha muerto —contestó él, malhumorado—. Tutmosis el cazador, el apuesto muchacho que esgrimía la cimitarra. Hace nueve años, la rueda del carro que se rompió y lo arrojó a la muerte destruyó la sucesión directa de Egipto.

—Eres un cabezota que sigue pensando en lo que pudo haber sido —se obligó ella a responder, convencida de que él reaccionaría con desprecio si percibía el menor rastro de agitación en su voz—. No es digno de ti seguir quejándote del destino. ¿O tu rencor está dirigido al hijo de Hapu, que fracasó al no predecir la muerte de Tutmosis? —Se reclinó contra él—. Amenofis, ¿por qué no ha cedido tu pena? ¿Por qué te niegas a admitir que ese joven del harén es hijo tuyo y mío, el último varón de nuestra estirpe que, por lo tanto, tiene derecho a ocupar el trono de Egipto cuando tú mueras?

Amenofis sostuvo la taza de mandrágora, negándose a mirarla.

—Cuando el oráculo me dijo lo que veía en la taza de Anubis, tuve deseos de matarlo. Ese día ha quedado grabado a fuego en mi memoria, Tiy. Todavía percibo el olor del loto húmedo que habían juntado y colocado debajo de mi trono y veo al hijo de Hapu plantado allí, a mis pies, con el ojo de Horus resplandeciente sobre su pecho. Tuve miedo. El mismo hijo de Hapu me aconsejó que hiciera ahorcar a la criatura, y ya había impartido la orden cuando algo detuvo mi mano. Tal vez no me sentí lo suficientemente amenazado. «¿Cómo es posible que ese hijo, esa pequeña lombriz de tres días de edad, pueda hacerme daño?», pensé. Pero el hijo de Hapu insistió: «He estudiado dos veces la taza y he leído los presagios. No hay duda. Crecerá y te asesinará. ¡Oh, poderoso toro!». —Amenofis se masajeó las hinchadas mejillas e hizo un gesto de dolor—. Pero yo me enternecí. En lugar de hacerlo matar, lo encerré en el harén.

—Donde vivió seguro solo hasta que Tutmosis fue asesinado.

Amenofis alzó las cejas. Depositó la taza sobre la mesa y bajó las piernas del lecho. Tiy sintió que su muslo suave se apoyaba sobre el suyo.

—Estaba seguro de que fuiste tú la que frustró ese intento —susurró, con los ojos súbitamente vivaces—. Pero, a pesar de sus esfuerzos, mis espías nunca pudieron comprobarlo. Así como tampoco yo pude probar con seguridad que fuiste tú quien envenenó a Nebet-Nuhe.

Tiy no se dejó arredrar.

—Cuando Tutmosis murió, comprendí el pánico que te embargaba —contestó, con el tono más indiferente posible—. Permitiste que el hijo de Hapu te convenciera de que era el fruto de un plan trazado por un muchachito de diez años que jamás había puesto los pies fuera del harén, cuyos guardias cambiaban todas las semanas y a quien jamás se le permitió tener un amigo de su mismo sexo. Pero no había tal conspiración. El hijo de Hapu simplemente aprovechó las circunstancias para acrecentar el poder que tenía sobre ti.

—No, una vez más intentaba persuadirme de que hiciera lo que antes no me había animado a hacer.

—Si de verdad hubieras deseado matar a tu hijo, lo habrías seguido intentando hasta conseguirlo. Pero en lo profundo de tu corazón, oh, dios de Egipto, a pesar de que desprecias tanto al muchacho, reconoces en él a tu propia carne. Cuando llegue tu fin, él será rey, y yo preferiría que lo proclamaras príncipe heredero ahora y que lo enviaras a cumplir su servicio en Menfis, en lugar de tener que afron-

tar la batalla que se producirá si llegas a morir sin tener un heredero oficial. Si él se hubiera casado con su hermana en cuanto finalizaron los ritos fúnebres de Tutmosis, a tu muerte la transición se produciría sin problemas y yo me sentiría tranquila en este momento.

Él permanecía perfectamente inmóvil. Su pesada respiración era lo único que turbaba el silencio de la habitación. En algún lugar de la penumbra se apagó una lámpara y de inmediato se intensificó el aroma del aceite perfumado.

—Pero yo deseaba a Sitamun. Y la tomé. Tutmosis entrenó bien a su hermana, y a los dieciséis años la muchacha era un premio tan espectacular que ni siquiera su padre fue capaz de resistírsele.

—Con lo cual, ahora no queda ninguna hija de sangre real soltera y solo hay un hijo varón. Y tus días están contados.

Él se inclinó para acariciarle el rostro.

—Te he enseñado a mentir tranquilamente a todo el mundo, salvo a mí —murmuró—, y ahora tu franqueza me produce terror. Sin embargo, no me engaño. Suponiendo que ordenara que dejaran en libertad a ese... a ese eunuco afeminado a quien perdoné la vida, ¿qué sucedería si el hijo de Hapu tuviera razón y él utilizara su libertad para matarme?

Tiy decidió arriesgarse con una jugada peligrosa.

—En ese caso, tendrías la satisfacción de saber que el oráculo no se equivocó. Pero no concibo que un joven tan afable e inofensivo como tu hijo sea capaz de planear un asesinato, y menos el de su propio padre. Además, esposo mío, en el utópico caso de que el príncipe te hiciera matar, ¿qué perderías? Los dioses simplemente te darían la bienvenida un poco antes en la barca de Ra. De todos modos, hagas lo que hagas, tu hijo será faraón.

—A menos que lo haga ejecutar inmediatamente y ponga fin de una vez por todas a este asunto.

Lo dijo con frialdad. Su expresión era de amable indiferencia, y Tiy no pudo deducir si estaba furioso o si solo le recordaba la omnipotencia de sus poderes.

—Muy bien —contestó alegremente, consciente de que sus manos se habían congelado—. Pronuncia la palabra faraónica, majestad. Yo misma me encargaré de hacer cumplir tus órdenes. Soy una súbdita leal y sé obedecer. Después, cuando te llegue el turno de morir, me retiraré a mis propiedades personales, con la conciencia tranquila y la seguridad de haber cumplido con mi deber. ¿Qué importa que la sucesión quede en manos de individuos de menor alcurnia, quienes

regarán Egipto de sangre en su lucha por acceder al trono de Horus? ¡A mí, decididamente, no me preocupará que el Poderoso Toro no haya dejado la semilla real tras de sí!

Él clavó en Tiy su mirada durante un largo rato antes de asentir con lentitud.

—La disputa por la corona —susurró al fin—, y he aquí, mi arrogante Tiy, que por fin te escucho. No sigas enfrentándome con la amargura de mi orgullo herido y con mi pérdida. Con la muerte de Tutmosis los dioses me exigieron un precio muy alto a cambio de la riqueza y el poder que he poseído toda mi vida. —Esbozó una leve sonrisa—. Ahora te concedo lo que me pides. Ordena que lo pongan en libertad. Lo he hecho todo, lo he tenido todo, y la muerte tiene que llegar, de la mano de la enfermedad o de la del cuchillo de un asesino. Por lo menos puedo ahorrarte el disgusto de verte rodeada de chacales que te ladrarán a la cara si llego a morir sin un heredero oficial. Pero no creas que conseguirás entregarle a Sitamun. Yo la necesito.

Debilitada por el alivio que no se atrevía a demostrar, Tiy respondió sin demora.

—Estaba pensando en Nefertiti.

Una vez más, el faraón lanzó una carcajada. Se volvió, le rodeó el cuello con las manos y se lo apretó. La cadena de oro que sostenía el pectoral de la esfinge se le clavó dolorosamente en la carne, pero ella sabía que no debía demostrar temor ni resistirse.

—¡La tradición familiar! —exclamó él, sacudiéndola y sin aflojar la presión de sus dedos—. Una vez más te aseguras de que el trono quede en manos de un puñado de aventureros mitanni. Porque eso es lo que sois todos vosotros. Servidores leales de la Corona, merecedores de todos los premios, ¡pero que los dioses tengan piedad del faraón que se interponga en el camino de tu familia!

—Durante tres generaciones, mi familia ha servido a Egipto con generosidad. ¡Eres injusto, Horus! —exclamó Tiy con voz sofocada—. Mi padre no te obligó a nombrarme emperatriz. No tenía el poder de hacerlo. Tú mismo me elevaste al rango de divinidad.

De repente, él la soltó, y ella hizo un esfuerzo por recuperar el aliento en silencio.

—Yo quería a Yuya. Confié en él. Y también te amo y confío en ti. Pero es el dolor, Tiy. A veces me resulta insoportable. Nada me alivia, ni la casia, ni el aceite ni la mandrágora.

—Lo sé —contestó ella, y se puso de pie situándose entre las piernas del faraón—. Solo queda esto. —Le puso las manos sobre los

hombros, se inclinó y lo besó. Él lanzó un suave suspiro, la atrajo hacia sí, la sentó sobre sus rodillas y sus labios abandonaron pronto los de Tiy para posarse sobre el pezón pintado de la emperatriz.

«Han cambiado tantas cosas, Amenofis... Pero esto no cambia... —pensó ella, dejándose llevar pasivamente por el placer durante un instante—. A pesar de todo, todavía te adoro y te idolatro».

—¿Y con respecto a Nefertiti? —preguntó en un susurro, y lanzó un grito cuando él la mordió.

—Si eso es lo que quieres... —replicó el faraón, en tono divertido. Le quitó la peluca y sumergió ambas manos en sus largas trenzas.

Justo antes del amanecer, ella lo dejó pacíficamente dormido, liberado del dolor durante unas cuantas horas. Tenía ganas de quedarse a su lado para entonarle suaves canciones y mecerlo entre sus brazos, pero cogió la peluca, volvió a colocarse la esfinge alrededor del cuello lastimado y salió, cerrando la puerta suavemente a sus espaldas. Surero y su heraldo estaban dormidos, uno sobre un taburete y el otro apoyado contra la pared. Las teas que se alineaban a lo largo del extenso pasillo se habían apagado, los guardias eran otros, hombres de rostros cansados pero de ojos alerta. En la fresca noche de verano empezaba a vislumbrarse una leve luz grisácea. Tiy acababa de levantar un pie para despertar a su heraldo cuando percibió un leve movimiento y se volvió.

Se topó con Sitamun, de pie con expresión vacilante, cubierta con una amplia túnica de hilo blanco. No se había puesto peluca, y su propio pelo le enmarcaba el rostro. Tenía los brazos rodeados de amuletos de plata y sobre su pecho colgaban escarabajos y esfinges del mismo metal. Tiy, extenuada y saciada, tuvo la impresión de enfrentarse con una visión de sí misma en plena juventud, y por un instante se quedó como petrificada de miedo y embargada por el ferviente deseo de revivir lo que había sido y ya no volvería a repetirse jamás. Entonces se acercó a su hija.

—Esta noche no te necesitaré a su lado, Sitamun —exclamó, y, al oír su voz, el heraldo se puso de pie apresuradamente—. En este momento duerme.

Al notar que en el rostro imperioso de su hija se reflejaba una expresión de celos y desilusión, Tiy se vio embargada por una sensación de triunfo típicamente femenina. «Es indigno de mí sentir este placer al ver tan molesta a Sitamun —pensó llena de arrepenti-

miento, mientras la joven vacilaba—. Una pequeñez así es típica de las concubinas viejas de un harén importante, pero indigna de una emperatriz». Esbozó una cálida sonrisa. Sitamun no se la devolvió. A los pocos instantes, le hizo una tiesa reverencia y desapareció en medio de las sombras soñolientas.

Al llegar a sus habitaciones, Tiy comió al son de la música del laúd y el arpa que la despertaban todas las mañanas y después mandó llamar a Neb-Amun. Él esperaba su llamada, y se presentó enseguida. Era un hombre rechoncho y de movimientos llenos de gracia, ataviado con la túnica larga de los escribas, con la cabeza totalmente rapada y el rostro impecablemente maquillado. Depositó su cargamento de rollos de papiro y le hizo una reverencia, con los brazos extendidos.

—Te saludo, Neb-Amun —dijo Tiy—. Hace demasiado calor para que te reciba sentada en el trono, por lo tanto me recostaré. —Así lo hizo, y apoyó el cuello sobre la fresca curva de la cabecera de marfil mientras Piha la cubría con una sábana y su portador de abanico comenzaba a balancear las plumas azules sobre ella—. También cerraré los ojos, pero mis oídos permanecerán abiertos. Siéntate.

Él ocupó la silla junto al lecho, mientras Piha se retiraba a su rincón.

—No hay demasiados asuntos que merezcan la atención de Su Majestad —informó Neb-Amun, recorriendo sus documentos con la mirada—. De Arzawa nos llegan las quejas habituales sobre invasiones perpetradas por los khatti y, por supuesto, hay también una carta de los khatti protestando por una incursión de los arzawa que rebasó los límites de la frontera entre ambos. Yo mismo puedo contestarlas.

»Kardunias, después de los saludos habituales, exige más oro. Yo no aconsejo que el gran Horus les envíe nada. Ya han recibido demasiado de nosotros, y esas exigencias ocultan veladas amenazas que implican que sellarán alianzas con los kasitas o los asirios en caso de que el faraón no continúe dándoles pruebas de su amistad.

—El faraón organizará maniobras militares hacia el este —murmuró Tiy—. Supongo que con eso bastará. ¿Hay alguna noticia de Mitanni?

—Sí. Tushratta ha decidido retener la dote hasta que la ciudad de Misrienne sea oficialmente suya, es decir, hasta que reciba el título de propiedad. Ya ha recibido el oro y la plata. La princesa Tadukhipa ha llegado a Menfis. Me lo han anunciado esta mañana.

Tiy abrió los ojos, pero volvió a cerrarlos enseguida.

—De manera que realmente crecerá el número de habitantes del harén —susurró—. Después de todas las idas y venidas de los embajadores, y de los insultos y promesas vacías, la pequeña Tadukhipa está en Egipto. —De repente pensó: «Aunque fuera una sola vez, me gustaría conocer Mitanni. El hogar de mis antepasados. Es posible que Tushratta, el nuevo rey, sea pariente lejano mío. ¡Qué extraño!»—. ¿Algo más?—preguntó.

Neb-Amun tardó unos segundos en responder.

—Todavía no tenemos confirmación oficial, majestad, pero se rumorea que ha surgido un nuevo príncipe en la tierra de los khatti y que la gente se agrupa a su alrededor. Por lo visto, después de todo, los khatti se recuperarán del saqueo de Boghaz-Keuoi.

—Tal vez, aunque un enemigo capaz de penetrar en la ciudad capital de un país no es fácil de repeler con rapidez. Especialmente, si recibe armas y alimentos en secreto. —Tiy se volvió hacia Neb-Amun, pero su mirada estaba algo extraviada. Frunció el entrecejo—. Nos consta que Tushratta ha aprovechado el caos reinante entre los khatti para fortalecer su posición y agregar a su estado las provincias rebeldes. El equilibrio de poderes entre Mitanni, Egipto y los khatti era muy frágil, y ahora ha sido alterado.

—En este momento, Khatti es sumamente débil.

—Y un khatti débil significa un mitanni mucho más fuerte. Debemos vigilar cuidadosamente la situación. No nos conviene que Mitanni se agrande demasiado, pero tampoco podemos permitir que Khatti adquiera una arrogancia excesiva. ¿Tenemos algún tratado con los khatti?

—Sí, varios, pero son muy antiguos —contestó Neb-Amun asintiendo.

—Pero si fuera necesario, podemos sacarlos a relucir. ¿Sabemos algo respecto al carácter de ese príncipe? ¿Cómo se llama?

—La medjay, nuestra guardia del desierto, afirma que es joven y vigoroso y lo suficientemente intrépido como para correr los riesgos necesarios para convertirse en líder de los khatti. Resultó vencedor en una insurrección palaciega, majestad. Se llama Suppiluliumas.

—¡Un bárbaro! —exclamó Tiy, lanzando una carcajada—. Si es necesario, Egipto se encargará de él. Diplomáticamente, por supuesto. ¿Qué otra cosa hay?

No quedaba mucho más. Cargas recibidas de Alashia, nuevos bueyes llegados del Asia, oro de las minas nubias y un cargamento de vasijas de Keftiú.

—Envíame una más tarde. Quiero ver si son de calidad —ordenó Tiy—. Ahora puedes retirarte, Neb-Amun. El faraón se encargará de sellar los documentos necesarios.

El escriba recogió en el acto sus papiros y se retiró entre reverencias.

Después de ser bañada y vestida con ropa limpia, Tiy mandó a buscar un heraldo.

—Llama a mis guardias. Iremos al harén.

Salieron a la terraza del palacio, Tiy precedida y seguida por soldados y flanqueada por su portador de abanico y su portador de escoba. A pesar de que faltaban varias horas para el mediodía, el patio ya estaba lleno de niños que entraban y salían de las fuentes. Los esclavos y los sirvientes, al verla pasar, se postraban de cara al suelo. La ancha plaza empedrada que conducía al vestíbulo de audiencias públicas de Amenofis estaba igualmente atestada de dignatarios y embajadores extranjeros que esperaban que el faraón o sus ministros se dignaran recibirlos. Ellos también, al oír el grito de advertencia del heraldo, inclinaban las cabezas, reverentes, al ver pasar a Tiy. El ruido desapareció cuando se cerró la puerta, celosamente custodiada, que separaba el harén. El pequeño grupo dobló a la izquierda, hacia las habitaciones de las mujeres, y se les acercó el mayordomo jefe de Tiy, que ostentaba también el cargo de custodio de la puerta del harén. Tiy le tendió la mano.

—Tendrás que amueblar otras habitaciones y comprar más esclavos —anunció la emperatriz, mientras Kheruef le besaba la mano—. Dentro de pocos días llegará la princesa extranjera Tadukhipa.

Kheruef esbozó una amable sonrisa.

—La princesa Gilupkhipa se alegrará muchísimo, majestad. Desde el asesinato de su padre y la subida al poder de su hermano, ha estado desesperada por recibir noticias de Mitanni. Tadukhipa es sobrina suya y traerá un hálito familiar a sus habitaciones.

—Considerando que Gilupkhipa ha sido esposa real durante casi tanto tiempo como yo; me cuesta creer que todavía eche de menos las incomodidades y peligros de un país tan poco civilizado —comentó Tiy con sequedad—. Pero no deseo juzgar a las mujeres mitanni del faraón. He venido a ver al príncipe.

—Acaba de levantarse. Está en el jardín, junto al lago, majestad.

—Muy bien. Encárgate de que nadie nos moleste.

Tiy atravesó sola el pasillo. A derecha e izquierda había puertas abiertas. Pasó junto a los pequeños vestíbulos de recepción donde

las mujeres recibían a sus servidores y familiares, y junto a las otras habitaciones, más pequeñas e íntimas, donde durante las tardes de invierno se reunían a charlar alrededor de los braseros. Del pasillo principal se desprendían otros donde se alineaban las estatuas de las diosas Mut, Hathor, Sekhmet, Ta-Urt, deidades ante las que las mujeres quemaban incienso y murmuraban oraciones pidiendo fertilidad, belleza, la continuación de su juventud y la salud de sus hijos. Esos pasillos conducían a las habitaciones de las esposas del faraón, quienes vivían en esa misma ala, pero dentro del palacio mismo. En cambio, las habitaciones de las concubinas se diseminaban por todo el harén y, a medida que Tiy avanzaba, le sofocaba la peculiar atmósfera del lugar. Una criatura enferma lloraba en el extremo de un pasillo que llevaba a las habitaciones de los niños. De repente, de una puerta entreabierta salió una nube de incienso y la cadencia musical de unas oraciones pronunciadas en un idioma extranjero, asirio, quizá, o babilonio.

«Odio el harén —pensó Tiy por milésima vez al salir al aire libre y mientras se encaminaba al lago de las mujeres—. Los meses que pasé aquí cuando era una criatura asustada y decidida de doce años, una esposa como todas las demás, fueron los más frustrantes de mi vida. El hecho de que mi madre se encontrara aquí, en calidad de ornamento real, tampoco me resultó una ayuda. Ella gobernaba al resto de las mujeres como un comandante gobierna su tropa, con un látigo y una maldición, y odiaba verme correr por los jardines por la mañana temprano, desnuda y sin maquillar, cuando las demás mujeres todavía dormían sus sueños perfumados. Si Amenofis no se hubiera enamorado de mí, me habría envenenado».

Dejó de pensar en su infancia al ver a su último hijo superviviente, sentado con las piernas cruzadas sobre una alfombra de papiro a orillas del lago, bajo la protección de un pequeño dosel. Estaba solo e inmóvil, con ambas manos apoyadas sobre el faldellín blanco y la mirada fija en las olas del lago. No lejos de él un grupo de árboles proporcionaba su fresca sombra, pero el príncipe había decidido que colocaran su dosel a pleno sol. Al ver a su madre, se postró en la hierba y enseguida volvió a incorporarse.

Tiy se sentó a su lado. Él no la miró; parecía enfrascado en sí mismo y en su silencio, y sus ojos no se apartaban de la superficie del agua. Como siempre que lo visitaba, Tiy se sintió embargada por una sensación de intriga, casi de alienación. Siempre lo había visto en aquella actitud pasiva, y a los diecinueve años todavía no había

descubierto si era fruto de la confianza que confiere la suprema arrogancia, de una estoica aceptación de su destino o del sello de la personalidad de un hombre cándido. Sabía que las mujeres del harén lo trataban con una mezcla de afecto y desdén, como si se tratara de un animalito no deseado, y durante años se preguntó si su marido sabría hasta qué punto aquellas influencias femeninas podían llegar a corromper a un joven. Pero, por supuesto, lo sabía. La degradación de la humanidad era una maldición que al faraón le resultaba muy familiar.

—¿Amenofis?

Él se volvió lentamente; clavó en ella sus ojos húmedos, y sus gruesos labios se curvaron en una sonrisa que disimuló por un instante el largo poco normal de su mentón. Era un hombre feo. Lo único que lo salvaba de la total fealdad era su nariz aguileña.

—¿Mamá? Hoy parece cansada. Todo el mundo parece cansado. Debe de ser el calor. —Su voz era alta y aguda, como la de un niño.

Ella no deseaba iniciar una conversación insustancial, pero por un instante la noticia que se aprestaba a darle la sobrecogió, y se sintió incapaz de seleccionar las palabras necesarias para comunicársela.

—Hace muchos años que sueño con poder decirte esto —anunció después de una brevísima vacilación—. Quiero que ordenes a tu mayordomo y a tus sirvientes que empaqueten todo lo que desees llevar contigo. Vas a abandonar el harén.

El príncipe no dejó de sonreír, pero apretó los dedos de las manos.

—¿Y adónde iré?

—A Menfis. Serás nombrado sumo sacerdote de Ptah.

—¿El faraón ha muerto? —preguntó él, sin demostrar la menor emoción.

—No. Pero está enfermo y sabe que debe nombrarte su heredero. Y el heredero del trono siempre sirve a los dioses como sumo sacerdote de Menfis.

—Entonces, debe de estar muriéndose. —Levantó la mirada al cielo—. Menfis está bastante cerca de On, ¿verdad?

—Sí, muy cerca. Y verás las tumbas de tus antepasados y la Ciudad de los Muertos de Saqqara, y Menfis mismo es una maravilla. Vivirás en la residencia de verano del faraón. ¿No te alegras?

—Por supuesto. ¿Puedo llevar conmigo a mis músicos y a mis animales domésticos?

—Puedes llevar todo lo que quieras. —Le irritaba un poco su falta de reacción, y decidió que todavía no comprendía hasta qué punto

iba a cambiar su vida—. Te sugiero que vacíes tus actuales aposentos. Ya no regresarás a ellos y, además, en calidad de Pichón de Horus, debes casarte. No pretenderás que la futura reina de Egipto viva en un palacio que no sea suyo.

Había logrado conmovirlo por primera vez. Volvió la cabeza, y por un fugaz instante Tiy alcanzó a percibir un brillo de satisfacción en sus ojos.

—¿Podré tener a Sitamun?

—No. El faraón se reserva el derecho de conservarla.

—¡Pero es mi hermana real por parte de padre y madre!

Tenía la boca y el entrecejo fruncidos. «¿Se alegra o le desilusiona no poder poseerla?», se preguntó Tiy.

—Hijo mío, ya han pasado los días en que la sucesión solo recaía en el hombre casado con una mujer de sangre real pura. Ahora, la elección la hacen el mismo faraón o el oráculo de Amón.

Amenofis curvó los labios en una sonrisa llena de desprecio.

—Yo soy la última persona que habría elegido el hijo de Hapu. Me alegra que haya muerto. Lo odiaba. Has sido tú, madre, la que ha forzado al faraón a tomar esta decisión, ¿verdad? —Levantó las manos y se las llevó al casco de cuero que cubría su cabeza, de cuyas alas tironé con gesto reflexivo—. Deseo a Nefertiti.

El comentario tomó a Tiy por sorpresa.

—Yo también he elegido a Nefertiti para ti. Es tu prima, y será una excelente consorte.

—A veces viene a visitarme y me trae a los mandriles del tío. Fue por encargo mío a la biblioteca y me trajo algunos rollos de papiro para que los estudiara. Conversamos acerca de los dioses.

«De manera que Nefertiti no es tan superficial como yo creía», pensó Tiy.

—¡Qué bondadosa! —dijo en voz alta—. Cumplirás tus deberes en Menfis durante un año. Después regresarás a Tebas, te casarás e instalarás allí tu palacio. Yo te ayudaré, Amenofis. Sé que después de tantos años de cautiverio todo eso no te resultará fácil.

Él cogió su mano y la besó.

—Te quiero, madre. Todo esto te lo debo a ti. —Le acarició con suavidad la muñeca—. ¿Crees que el faraón querrá verme antes de mi partida?

—Creo que no. Su salud es precaria.

—¡Pero en cambio el temor que me tiene sigue vivo! Así sea. ¿Cuándo debo partir?

—Dentro de unos días. —Se puso de pie, y él la imitó. Siguiendo un impulso, se inclinó para besar la mejilla de su hijo—. ¿El príncipe Amenofis querrá organizar su propio harén?

—Con el tiempo —respondió él con tono solemne—. Pero cuando decida hacerlo, yo mismo seleccionaré a mis mujeres. En Menfis estaré muy ocupado.

—Entonces te dejo para que impartas tus instrucciones. Que tu nombre perdure para siempre, Amenofis.

Él se inclinó ante ella. Cuando, instantes después, Tiy se volvió para mirarlo, todavía permanecía en el mismo lugar, y su expresión le resultó indescifrable.

Antes de iniciar los actos oficiales de la tarde, Tiy envió un mensaje a su hermano Ay, rogándole que dejara sus tareas en manos de sus asistentes y la esperara en su casa. Después, presidió inquieta dos audiencias, escuchó el informe diario del superintendente del Tesoro Real y se negó distraídamente a aceptar la fruta que Piha le ofreció. Solo pensaba en el cambio de fortuna de su hijo y en la carga de responsabilidades que su libertad iba a conferirle a ella, y estaba impaciente por comentarlo todo con Ay. En cuanto el último de los ministros abandonó el salón entre reverencias, dejó el trono y ordenó con brusquedad que le trajeran su litera.

La casa de su hermano quedaba a un kilómetro y medio del palacio, junto al camino que bordeaba el río. Ay la esperaba; en cuanto los portadores apoyaron la litera en el suelo y ella descendió, aquel se arrodilló sobre la hierba.

—Quedaos junto a la verja hasta que os llame —ordenó Tiy a sus sirvientes antes de acercarse a su hermano para que le besara los pies. Después ambos se instalaron en las sillas que los esperaban—. Ya sé que tengo un aspecto cansado —comentó ella sonriente, al ver la expresión de su hermano—. Anoche no pude dormir mucho. Pero beberé un poco de ese vino aguada y descansaré aquí contigo. Este lugar jamás cambia, Ay. La casa envejece con dignidad; está rodeada de las mismas flores que me encantaban en la infancia y los árboles están más hermosos que nunca. A lo largo de los años, tú y yo hemos resuelto aquí muchos misterios juntos.

—¿Dada la alegría de Su Majestad, debo suponer que has encontrado de buen humor al faraón? —preguntó Ay, sonriendo.

Tiy depositó su copa en la mesa y lo miró directamente a los ojos.

—Lo he conseguido —informó—. Dejará en libertad al príncipe. Por fin he triunfado sobre el hijo de Hapu, ¡y ojalá Sebek se encargue de destrozarse sus huesos! Todavía me cuesta creer que esté realmente muerto. Muchos cortesanos estaban convencidos de que los dioses lo amparaban y de que sería inmortal.

Ay esgrimió su escoba enojada y empezó a ahuyentar las moscas que se posaban sobre su húmeda piel.

—Tú y yo hablamos muchas veces de la posibilidad de demostrarles que estaban equivocados —murmuró con sequedad—. ¿Cuándo dejarán en libertad a Amenofis?

—Lo antes posible. Quiero que tengas dispuesto un destacamento de tus soldados de la división de Ptah para que lo escolten a Menfis en cuanto yo te lo indique. Te aconsejo que los pongas al mando de Horemheb. Es joven, pero muy capaz.

—Y le alegrará muchísimo regresar a Menfis, cosa que le sucedería a cualquiera. Tebas no es más que un pozo maloliente lleno de mendigos, campesinos y ladrones. En esta época del año el olor fétido del otro lado del río pasa por entre mis plátanos y marchita las flores del jardín.

»Muy bien, Tiy, yo mismo elegiré a los hombres. Y me alegra mucho la noticia. El mundo está deseoso de rendir homenaje a tu hijo.

—Espero que los dioses lo recompensen por tantos años desperdiciados —murmuró Tiy—. El faraón también está de acuerdo con sellar un contrato matrimonial entre Amenofis y Nefertiti. Amenofis se niega a renunciar a Sitamun. Yo no esperaba que lo hiciera, y en realidad no tiene importancia. He cumplido la promesa que hice a mi familia. He mantenido viva nuestra influencia, y tu hija y mi hijo harán lo mismo. No nos ha ido del todo mal, considerando que somos descendientes de un guerrero mitanni que Osiris Tutmosis III trajo a Egipto como parte de su botín de guerra.

Permanecieron un instante en un silencio pleno de comprensión. Durante su infancia, cuando había sido prometida pero todavía no entregada al faraón, Ay fue su mentor. Le enseñó lo que debía usar, lo que debía decir y cómo mantener el interés del muchacho que iba a ser su marido. Le habló de las preferencias y las aversiones del rey, de sus debilidades y de sus gustos en lo que a mujeres se refería, y no cesó de recordarle que nunca pretendiera retener su poder sobre un hombre utilizando solamente la belleza de su cuerpo. La cadena debía formarse con inteligencia y humor, con una mente rápida y un

corazón laborioso. Y cuando a los doce años, maquillada y con la cabeza cubierta por una peluca, Tiy se halló por fin de pie frente a Amenofis, su mirada se encontró con la de los ojos oscuros del faraón y descubrió en ellos algo que no había entrado en los cálculos de su hermano: se había enamorado. Amenofis la elevó a la dignidad de emperatriz, y cuando llegó el momento en que ella no era la única que compartía con él la cama, el lazo que los unía era tan fuerte que perduró. Ella no le falló. Procedía de una familia de personas fuertes cuya sed de poder y de dominio había subsistido durante generaciones hasta el punto de que, siendo gente de pueblo sin una gota de sangre real en las venas, consiguió convertirse en la fuente de poder que apoyó a todos los monarcas desde los tiempos de Osiris Tutmosis III. Desde entonces, cada faraón era cuidadosamente evaluado por la familia, que apuntalaba sus fuerzas y compensaba y explotaba sus debilidades. El mismo padre de Tiy fue general de carrozas, gran maestro del caballo del rey y jefe de instructores de lucha del joven Amenofis, una tarea que utilizó para que el muchacho quedara profundamente ligado a él. Su madre fue confidente de la reina Mutenwiya y primera dama del harén de Amón. Año tras año, la familia había acumulado tierras, riquezas y prestigio, pero si llegaban a incurrir en la desaprobación real, aquellas prebendas podían esfumarse y dejarlos a todos temblorosos y en la penuria. Por lo tanto, jamás había que dar nada por descontado, y era necesario proceder a una cautelosa reflexión antes de cada paso.

—Nefertiti es inquieta, malhumorada y muy testaruda —dictaminó Ay al cabo de un rato—. Pero sus defectos pasan inadvertidos gracias a su extraordinaria belleza. Además, ha sido malcriada por todos, desde las niñeras y tutores hasta mis propios oficiales de caballería. Queda por ver si también es ambiciosa. Tiene dieciocho años, y me culpa porque no es todavía una mujer casada y madre de familia.

—Puedes decirle que pronto será ambas cosas. Sin duda se impacienta con todos porque está aburrida y ansiosa. En el palacio pronto aprenderá disciplina.

—No te hagas demasiadas ilusiones —la contradijo Ay—. Es hija mía y la quiero, pero mi amor de padre no es ciego. Tal vez si su madre hubiera vivido y si yo no hubiera estado tan ocupado...

—¡Eso no tiene importancia! —interrumpió Tiy—. Los defectos de una reina se ocultan tras el maquillaje, las joyas y el protocolo. —Comenzó a abanicarse—. ¡Si Isis no empieza a llorar pronto, moriré de

calor! Soy una diosa. Sin duda podría mandar a un sacerdote a su templo para que la amenazase.

La interrumpió el sonido de unos pies descalzos sobre los mosaicos de la terraza. Al volverse vio a Mutnodjme, hija menor de Ay y medio hermana de Nefertiti, que en ese momento salía del salón de recepción de su padre y se les acercaba, desnuda, con un collar de oro alrededor del cuello y una cinta roja atada alrededor de su mechón de juventud. En una mano sostenía un racimo de uvas negras y en la otra un pequeño látigo. La seguían sus dos enanos, también desnudos, uno con paños y el otro con un abanico de plumas de avestruz. Mutnodjme se acercó a Tiy, se postró ante ella y después se puso de pie para besar distraídamente la mejilla de su padre.

—Es muy tarde —bromeó Tiy, al ver los ojos hinchados y la cara arrebolada de su sobrina—. ¿Has dormido toda la mañana?

—Anoche estuve en una fiesta, después salimos a navegar y más tarde, con antorchas y literas, merodeamos por los alrededores de Tebas. Cuando quise acordarme amanecía. —Masticó una uva con gesto reflexivo—. Las putas de la calle de los prostíbulos han empezado a usar collares hechos con gran cantidad de pequeños anillos de cerámica pintados de distintos colores. Creo que serán la próxima moda en la corte. Debo ordenar que me hagan algunos. ¿Tú estás bien, majestad?

—Sí —contestó Tiy, disimulando la diversión que le provocaba su sobrina.

—Entonces, Egipto es afortunado. Iré a bañarme antes de que este calor me convierta la piel en cuero. ¡Dioses! ¡Este verano Ra no tiene piedad de nosotros! —Arrojó las uvas que le quedaban sobre la mesa, amenazó lánguidamente a los enanos con el látigo y se alejó. Tiy la observó pasar de la sombra a la luz despiadada del sol.

—Compadezco al hombre que se case con ella —observó—. Tendrá que tener una mano pesada.

—Ya debería estar casada —contestó Ay—. De todos modos, cuando Nefertiti sea la esposa del heredero del trono, no podremos entregar a mi otra hija a nadie cuya lealtad a la familia no sea total. Ella solo es fiel a la gente que la divierte.

—Horemheb sería, sin duda, capaz de tenerla a raya —dijo Tiy con aire pensativo—. Me pregunto si podríamos convencerlo de que se casara con ella. No me gustaría obligarlo. Es un excelente comandante y recibe los sobornos abiertamente y no bajo cuerda, como lo haría un ministro de la Corona.

—Creo que sería mejor mantenerla en reserva hasta que Nefertiti y el príncipe estén casados —objetó Ay—. Ya sé que todavía queda Sitamun, pero el faraón no la dejará en libertad mientras viva. Para él, ella es un lazo con su hijo Tutmosis y con el pasado.

Tiy aceptó en silencio la previsión y la dureza de su hermano.

—Hablas con muy poco respeto de mi marido —bromeó en voz baja.

Ay no se disculpó.

—Hablo sin malicia de las necesidades políticas —respondió—. Ambos sabemos que si al príncipe le permitieran elegir a Sitamun y no a Nefertiti por esposa principal, la muerte del faraón, los celos que Sitamun te profesa y su falta de inteligencia política te relegarían a la posición sin poder de una reina viuda. Sitamun no te permitiría acercarte a los ministros, pero ella tampoco se preocuparía de atenderlos. Si más tarde Amenofis desea casarse con su hermana, que lo haga, pero no antes de haber nombrado esposa principal a Nefertiti.

Hubo un instante de silencio mientras Tiy sopesaba las palabras de su hermano. Ambos habían conversado muchas veces sobre ese tema, y siempre lo consideraron una especie de ejercicio mental, una defensa contra el aburrimiento de las tórridas tardes de verano, pero en aquel momento las consideraciones eran reales y las alternativas, vitales. Por fin, se decidió a contestar.

—Si le sucediera algo a Nefertiti antes de que sellara el contrato matrimonial, preferiría que fuera Mutnodjme y no Sitamun quien tomara su lugar. Pero debemos aguardar y tratar de no ponernos ansiosos. Me gustaría que la convencieras de que debe cortarse el mechón de juventud y dejarse crecer el resto del pelo. Ya hace cuatro años que es mujer.

—En lo que a ese tema se refiere, he abandonado la lucha —informó Ay con una sonrisa—. A mi hija menor le gusta ser distinta. Le encanta escandalizar a sus inferiores y encandilar a sus pares. En Tebas se ha convertido en el árbitro de la moda.

—Y mientras siga preocupada por la moda, no se embarcará en otros juegos más peligrosos. —Tiy dio unas palmadas y su hermano se levantó inmediatamente. De entre las sombras silenciosas de la casa surgieron varios sirvientes. Tiy recibió el homenaje de su hermano tendiendo las manos para que se las besara—. Te enviaré a Kheruef en cuanto todo esté listo. Que tu nombre perdure para siempre, Ay.

—También el tuyo, majestad.

«A pesar de que siempre me mostraba exteriormente confiada, nunca pensé realmente que llegaría este día —pensó Tiy mientras se encaminaba a la verja donde sus portadores se ponían de pie para inclinarse ante ella—. Amenofis es libre. Egipto tiene un príncipe heredero y el resto no es más que una cuestión de detalles. Esta es mi victoria más rotunda, y me siento feliz».